

N NOCTURNUM TEMPUS

VICTOR HUGO FLORES

Mors Vals
Romanticismo Oscuro

29 de abril de 2001, 22:30 PM

NOCTURNUM NOCTURNUM

—¿SEGURA QUE NO HAY NADIE? —PREGUNTÓ JOAQUÍN, DESPUÉS DE FORZAR LA cerradura.

Luisa esperaba que así fuera. Agazapados en la antesala en penumbra, hablaban en voz baja.

— Me cae que Elsa está aquí —repitió, por enésima ocasión—. ¿Traes tu celular?

—Sí—susurró Joaquín—, sí, lo traigo *prendido*, en modo *vibrador*. ¡Deja de molestar con eso y apurémonos!, ¿quieres?

—dudó— Esto es un delito, ¿sabes? ¿Y si el tipo regresa?

Luisa avanzó con cautela. Joaquín la alcanzó:

—¿No te dijeron los papás de tu amiga que se paraba temprano y volvía tarde? ¿Por qué no les explicaste que anda con este tipo?

—¿Tienes miedo? —susurró Luisa— ¿Tienes *miedo*? Hace tres días que Elsa no se para por la Facultad. Si en su casa se enteran de eso o de que anda con alguien, excuso decirte cómo le va a ir. Tengo que ayudarla. Ella confía en mí, por eso hasta me dio la dirección. Debe estar arriba. Fue muy raro eso de que conoció a ese tipo en la secun...

—¡Está bien, ya, vamos! —susurró él, fastidiado y se armó de valor— ¡Es más, quédate a vigilar, *yo* voy a subir! ¡Cualquier cosa, nos pegamos un grito! —subió al primer piso, con precaución.

Luisa se humedeció los labios con la lengua. Joaquín tenía razón, pero se sentía obligada. Elsa se veía muy mal desde que se liara con el dueño de esa casa, Félix Uribe, el Sr. Uribe, un ermitaño de quien se rumoraba le gustaba azotar a sus amantes. Imaginaba lo peor.

En la sala, descubrió un grueso libro sobre un escritorio. Detrás, un librero con muchos volúmenes de ese estilo. Tomó varios al azar. Sus páginas estaban llenas de una caligrafía estilo antiguo: *Domingo 15 de mayo de 1927... Lunes 2 de noviembre de 1936... Miércoles 18 de junio de 1947...* Todas encabezadas por números consecutivos.

Alzó el legajo del escritorio, sin duda el más reciente. *Son memorias de familia*, pensó. Las hojas, de trivial papel blanco, en algunos libros amarillento por el tiempo, le provocaron un sobresalto, pues se percató de que *todas las anotaciones estaban hechas con la misma letra, con la misma caligrafía cuidada, como si el autor llevara escribiendo desde principios del siglo XX.*

Es un diario. Imposible. Luisa abrió el volumen casi hasta las últimas diez páginas. Pese a su miedo y a lanzar ocasionales miradas hacia la escalera y la antesala, sabía que el Sr. Uribe no regresaría antes del amanecer. Al abrir el libro, esto fue lo que leyó:

La noche, rosario de perlas nacidas en el Mar de los Sargazos, cadena de horas forjadas de sombras vivientes, de sombrías pasiones adornadas de esmeraldas. Cuando en los relojes suene la medianoche, despertarás de tu ensueño para verme a través de tu ventana. Porque vengo a sofocarte en un abrazo de tinieblas, para beber tu sangre en el cáliz abierto de tu garganta desnuda.

Pues yo soy la Máscara y la Sombra.

Mi desolación es el ocaso del mundo. Mi éxtasis hará morir a los astros.

Llegaré a ti en soplo nocturno y nadie sabrá la hora. Me iré en el silencio y no verás mi rostro. Porque mi nombre es terrible y hace sangrar a las rosas, te haré beber de sus pétalos marchitos, mientras te observo con ardiente júbilo.

Te acariciaré para hilvanar el ocaso con mis besos, en un velo que nuble tu razón.

Me darás todo lo tuyo a cambio de mi oscura Heredad.

Tu vida será un calvario hacia el Gólgota donde muero eternamente y donde bebo la lluvia de mis sienes ensangrentadas de preguntas.

Maldecirás mi sombra y la amarás, y en el tormento de mis días sin fin te veré palidecer hasta consumirte, reo como soy de las tinieblas que apresan mi frente con la corona de Rey de la Nada, de Príncipe de los Delirios, de Duque del Laberinto, armado de signos para vagar por el castillo subterráneo donde están atrapados los ensueños. Porque la eternidad es una noche perpetua, una oscura hora interminable cuando los mitos despiertan y las conciencias se extravían, yo nací a la Progenie de la Noche y hoy deambulo por una vasta metrópolis que es nuestro dominio, nocturna ciudad de lápidas forjadas con costumbres, con disfraces. Urbe de muertos vivientes: Los mortales que viven sin saberlo. Ciudad donde nosotros, los ángeles caídos, buscamos en nuestros sepulcros las brillantes tinieblas, el sentido de la eternidad.



Mi reencuentro con Elsa me lleva a recordar el pasado...

(¡Elsa...! Luisa estuvo a punto de arrojar el libro y gritar a Joaquín, que hacía algunos ruidos arriba, pero se acercó a la ventana para leer con mejor iluminación)

... me lleva a recordar el pasado, que nunca he tratado en estas páginas.

Mi resurrección ocurrió mucho tiempo después de que mis espectros cobraran vida, pero desde siempre estuve destinado a ellos. Mi primer recuerdo es aquella celebración del Año Nuevo de 1904. Sé que a casa de mis padres llegó el Gobernador del Estado, amigo personal del Presidente Díaz. Sé que yo tenía 15 años de edad; sé que entre los obsequios recibí, de mis abuelos, una colección de libros traídos desde Francia —pues yo cultivaba la poesía—, y que la sala brillaba con la cristalería; sé que mis primos jugaban mientras los adultos brindaban y la servidumbre obedecía a mi padre. Al mismo tiempo sé que en medio del bullicio, de las galas de mi familia, tuve el primer acercamiento con mi naturaleza sombría, insospechada en ese joven pulcro, de corbata, silencioso. Y ocurrió cuando nuestra profesora de francés, invitada al festejo, descendía por la escalera y se detuvo para observar a mis hermanas.

Recuerdo su expresión, una institutriz de porte fino, cultivado, en traje negro, de sonrisa amable. Con ojos entornados observó la sala desde los peldaños, en disfrute de la inocencia infantil. Yo me encontraba en un sillón y al ver su sonrisa, la límpida curvatura de sus labios sedosos, tuve un destello interior. Con atención nunca antes experimentada, observé que bajo sus largas pestañas, bajo su mirada acariciadora, al sonreír se le formaban dos carnosidades en el interior de la boca, una a cada lado de los dientes rectos, cuidados; eran dos carnaduras sonrosadas, húmedas, cálidas, apetitosas como duraznos. Mis emociones podían semejarse al vuelo de la imaginación de un adolescente, que vislumbra el mundo encerrado en el sexo opuesto; sin embargo, percibí la manera extraña en que mi embeleso etéreo se transformaba en deseos más complejos, menos diáfanos. En mi ensoñación —la institutriz no se percataba, continuaba viendo a las niñas desde la escalera—, mi mirada se llenó de deseos concretos: En su cuello palpitaba una arteria... Me descubrí observando la nieve y vida de



NOCTURNUM NOCTURNUM

su piel, que anunciaba, me anunciaba, la senda de lóbregas profundidades... La imaginé desnuda... Tuve el deseo de someterla, de sentir su cuerpo bajo el delicado vestido, pero más aun —y en esto radicaba el sentido perverso de mis deseos—, por *morder* sus labios hasta hacerlos sangrar, y escuchar sus gritos... Quise hacerle daño, pues a través de él, su belleza me habría parecido más vívida. Llevar la lengua por las carnosidades del interior de su boca; oprimir mis labios contra los de ella para sentir la forma de sus dientes; besar su cuello para presionar la arteria, esa rama vibrante; por morder una y otra vez ese camino cálido; por abrirlo, al igual que se despoja a un fruto de su cáscara, para beber el néctar. Sentí mi mirada ávida. Me asaltó un mareo. El salón se transformó en un murmullo de voces, de brillos de cristales, en un hermoso rumor amado y anodino alrededor de mis sienes doloridas... Sí, con el tiempo me volví un joven sombrío, amante de los poemas malditos, con la mente llena de ideas mágicas, de intereses delirantes... y eso inició aquella noche de Diciembre cuando la institutriz, sin pretenderlo, se volvió la puerta hacia el abismo de mis tendencias crueles, de una pasión donde el amor era la contraparte del odio, y el goce, el complemento del dolor. Pues nunca amé a nadie sin que las rosas no hirieran con sus espinas; nunca hubo risas de alegría sin llantos de amargura; jamás hubo promesas de deleite sin sentencias de aversión. Nunca hubo caricias sin dolor. Aquella visión

contuvo el futuro, las emociones de disfrute y sufrimiento; la soledad del joven aislado, dedicado a los libros, a la música, a la pintura, se torció en los segundos en que observó a aquella chica. Yo buscaba un ideal, pero me sabía condenado —secretamente destinado—, a no alcanzarlo. Y así, cuando después tuve todo lo que quise, siempre busqué la posesión del alma por sobre la del cuerpo, y nunca dejé de estar en soledad en medio de la multitud, y siempre existió una dimensión íntima, a donde nadie pudo llegar, donde a nadie permití acercarse, pues no podía compartir su lenguaje, a pesar mío, a pesar de todo.

Una tarde, meses después, la profesora se marchó de casa. Ella —debía haberse percatado de mi interés, forzosamente debía haber sentido mis miradas—, se acercó para darme un beso de despedida y me tomó por la barbilla. La sedosidad de su guante de encaje me hizo añorar cosas imposibles. Se acercó, sonriente, pero yo aparté la mejilla y nos dimos un fugaz beso en los labios, que abrió el cielo cuando ella cerró los ojos —yo no, pues deseaba admirarla—, después de lo cual, jamás la volví a ver.



Cuando la institutriz partió me sentí liberado, mas ello se debía a mi desconocimiento sobre mis impulsos. Adormecidos por la falta de oportunidades, sólo necesitaban una circunstancia adecuada para salir.

La encrucijada fue mi prima Carlota, que tenía 18 años cuando yo rondaba los 21. Durante una lectura de clásicos latinos en el estudio, se lastimó el paladar con el punzón.

— ¿Te heriste? —pregunté, acercándome con preocupación fingida.

La tomé de las mejillas para revisarla y la hice abrir un poco la boca.

— Es una pequeña cortada. ¿Duele mucho?

Sus labios eran diferentes a los que recordaba de aquel Diciembre, bellos en el sentido de su frescura. Era una boca de labios más pequeños, más suaves. Se insinuó en mí, y después me invadió, en inquietante alud, la conciencia de que estábamos solos, en su aguijón de *posibilidad*. Nuestros padres se hallaban en el piso de abajo... Carlota tenía el rostro hacia mí, apacible, y yo la tomaba por el mentón con el pulgar y el índice. En esa posición tenía su boca entreabierta, y tuve la certeza de que ella me permitía observar sus labios. Dudé un segundo, mas el deseo me venció, y desde entonces la insensatez fue mi marca. Me incliné, colocando mi boca contra la suya —tersa, delicada—, y la besé, probando el sabor metálico de su sangre, de su saliva y de su sangre en mi lengua.

Carlota tuvo un momento de sorpresa que me hizo dudar sobre lo que yo creyera un segundo antes. Quiso apartarse, protestó, pero continué besándola, pasando mis labios sobre los suyos, a lo que ella respondió de improviso; a pesar de una cierta impericia, presentí la seguridad de la futura mujer. La respiración de Carlota se agitó, y al lado de la ventana, de los árboles vespertinos sobre las luciérnagas de mis ardientes deseos, contemplé su cabello, sus ojos cerrados. Enterré los dedos en sus mejillas, moviéndolos, para sentir sus pómulos y la forma de sus dientes.

— ¿Carlota? ¿Qué estás haciendo? —preguntó su madre desde la habitación contigua.

Carlota salió. Igual a un conspirador, escuché a su madre, mi tía: “Lávate, te cortaste”. “Como usted mande, mamá”. Y yo le formulaba una promesa: Que haríamos todo lo que quisiéramos. Quedarían fuera de ello sus hermanas, la dulce Irma, la agradable Renata y la astuta Estela. En el tono de voz de mi prima Carlota, en su aparente indiferencia, supe que era la más inteligente de ellas. Porque fingiría ante cualquier circunstancia. La adivinaba tan egoísta como yo: Defendería su placer ante las exigencias del decoro. Y por eso la deseé más.

Lo hicimos, en efecto, muchas veces. Nuestras “reuniones de estudio” terminaban en contactos de todo tipo. El aprendizaje inicial se perfeccionó y con el paso del tiempo se volvió mi especialidad. Mas en aquellos días los actos tenían mucho de experimentación. Con una clara idea del juego lúbrico, Carlota se vestía de variadas formas. Desnuda bajo el vestido en la recámara de raso y seda se disfrazaba de institutriz, como ama de llaves, de enfermera, y yo recorría su cuerpo con la boca por debajo del atuendo, saboreando su delicado aroma, la suavidad de su piel. Muchas veces fui su esclavo, y muchas otras admiré su rostro sobre las almohadas, mientras ella llegaba al clímax de su excitación, ruborizada, con el cuerpo brillante de champaña.



NOCTURNUM NOCTURNUM

Una noche ocurrió la catástrofe. Nuestros padres nos habían hecho vigilar, hasta que enviaron a un sirviente de confianza para sorprendernos. La magnitud del escándalo que se habría suscitado pudo destruir a nuestras familias, sobre todo si los hechos llegaban a oídos del General Díaz. Yo habría terminado en la Acordada. La solución fue tan justa como era posible. Carlota —la melancólica Carlota, pero también la Carlota que se mofaba de todo—, fue enviada a un internado a España. Yo fui exiliado a Francia, bajo la amenaza de ser desheredado si reincidía. Está por demás decir que antes de partir recibí el castigo. Mi padre —de una dinastía que apoyara al emperador Maximiliano—, sintió volverse loco al recibir la descripción de mis tratos con Carlota. Me propinó una tremenda golpiza a la vez que me llamaba *degenerado, pervertido* (“¿De qué estás hecho, monstruo miserable? ¿Qué mal hice para que te convirtieras en este engendro? No eres mi hijo, óyelo bien, eres una bestia. Si tu madre supiera las inmundicias que practicas, moriría de vergüenza. Eres un monstruo”).

Mi madre sollozaba, desconsolada, en su habitación; algo en su llanto me parecía estúpido, en las suyas, mis hermanas no podían creer lo que vislumbraban. Mis hermanos consideraban el castigo demasiado benigno. ¡Idiotas todos! Yo pensaba en Carlota, en sus muslos desnudos y en sus corsés, pensaba en ella entre los almohadones de seda, pensaba en su boca pintada de carmín.

Mi padre se cuidó de no marcarme la cara. Para salvar las apariencias, se me permitió ir con la familia al Hipódromo de La Condesa. Desde uno de los palcos, donde me vigilaba el mayor mis hermanos, descubrí al señor Casasola, que tomaba fotografías con su cámara de trípode. Me dediqué a observar lo que él observaba, y quise imaginarme el ángulo desde el cual el extraordinario fotógrafo se colocaba ante los hechos. Muy pocos entendían que Casasola era, ante todo, un hombre con conciencia de la Historia, y que aquellas placas no estaban dirigidas tanto a satisfacer a sus objetivos, como a dejar una memoria de los acontecimientos. Con el dolor y las marcas de los golpes bajo el traje, reproduje en mi mente las imágenes que él atrapaba. Para el futuro, nuestra cotidianidad tendría un tinte de nostalgia, al despojar a las personas de los significados claros para sus contemporáneos. ¿Quién sabría, por ejemplo, el tema de las conversaciones que quedarían congeladas para la posteridad? ¿Qué habían hecho los personajes al momento siguiente de ser captados? Para mí, que reproducía los encuadres, me era clara la hipocresía de esa sociedad ataviada de casimir y seda, que supeditaba sus relaciones al interés; dinámica en un mundo de normas rígidas, de doble moral; la esclavitud de sus mujeres, destinadas a ser reproductoras, sin voz ni voto; seres asexuados en jaulas de oro; todos rindiendo loores al orden establecido. Y ahí estaba yo, el inmoral, el corrupto, el mórbido, el solitario, el inadaptado, pronto a ser lanzado al otro lado del Océano, no tanto por haber actuado con desenfreno, sino por haberlo hecho fuera de tiempo, al margen del compás existencial que permitía levantar la fachada del renombre. Sí, aquello podía haberse llevado a cabo, pero no con un familiar, no con mi prima —por amenazar con ello el valor de nuestro apellido—, sino con quienes existían para nuestro consumo; y no ahora, sino cuando tuviera sentido, es decir, cuando, dirían, el desfogue sirviera para satisfacer los deseos de todo hombre y eso resguardara la estabilidad familiar. Incluso habría podido mantener a una amante si tuviera la suficiente clase como para ser discreto. Qué mísero, cuán falso me resultaba todo, cuán hipócrita. Yo mismo, en casimir inglés y sombrero de hongo, perpetuaba tal orden de cosas, con sus excesos encubiertos de eufemismos. Había leído a ocultas la prensa subversiva, *El Hijo del Ahuizote* y las hojas volantes donde se denunciaban los excesos del régimen. Algo, algún día, estallaría. Y aquellos sujetos se atrevían a juzgarme, como el hermano sentado a mi lado, tomándome por parámetro negativo de su honorabilidad, afirmándose, por contraste, en su moralidad. La diferencia era que yo empezaba a vivir mis inclinaciones, y no suponía que podía reincidir después de cumplir con ciertos rituales. Pues no consideraba como pecado nada. No estaba arrepentido. Al contrario, bajo mi aspecto severo, me invadía una ira jubilosa. Desde que abordé el barco en Veracruz, el 6 de junio de 1909, mi madre no volvió a hablarme. Me convertí para mi padre en un ser aborrecible con quien sólo mantenía el lazo que imponía la obligación paterna. Y aun cuando hoy su significado se me escapa, reconozco —diría que con piedad, pero no utilizaré un término asociado con lo humano—, a mi pequeña hermana María. Ella fue la única que me dio un abrazo, apresurado, y se retiró llorando, pues era su hermano predilecto. Yo no sentí nada, aparte de un vacío en la mente y en el corazón.



TEMPUS
TEMPUS

En Francia, específicamente en París, específicamente en la Rue des Ausoleis, tenía una buhardilla para mis estudios de Literatura, en un piso que compartía con algunos pintores ligados al Impresionismo. La urbe parisina fue la capital de mis excesos. Me hice asiduo de los fumaderos de opio, consumidor de morfina y de ajenjo, me sometí a disciplinas corporales, a la autoflagelación, a privación de alimento y sueño, para explorar mis límites. Herido, acudía a los cafés para leer mis versos y expuse mis cuadros en las calles. Pasé muchas noches frente al ventanal desde donde contemplaba la ciudad. Alumbrado con velas, tenía el escritorio lleno de papeles. La madrugada me sorprendía ante el caballete. Otras veces repasaba los dones que el genio francés legaba al mundo. Mucho de ese legado se escribía en esos momentos, por lo que salía a conocer a sus protagonistas: Entre otros, Charles Baudelaire, atacado por la sífilis, de genio elocuente, cuya boca era una horizontal delgada; Henri Toulouse-Lautrec, muy bajo de estatura, barbado, que pasaba horas en el *Moulin Rouge* o en las casas de citas, sin dejar de pintar. Cuántas veces al amanecer me repetí aquellos versos de *Las Flores del Mal*:

***Ven a mi corazón, alma cruel y sorda,
tigre adorado, monstruo de aires
indolentes...***

Yo buscaba una revelación bajo la forma de una señal que descifrara los enigmas. Busqué en parajes desolados una respuesta, en sus manifestaciones periféricas: En un umbral cerrado, en una calle desierta, en las luces de las ventanas dispersas; busqué la voz en miradas, en gestos. Y me di cuenta de que las almas repetían una verdad, que reflejaban una presencia incorpórea tras los gestos, las apariencias. El viento de otoño arrastraba las hojas secas desde un reino invisible, para empujarlas hacia el final de las horas.



El cambio de morada nos hace creer que la vida será distinta. Con satisfacción comprobé que los fantasmas se incuban, y que tras un lapso de tranquilidad, cobran forma de nuevo.

Desde mi experiencia con Carlota, el mundo me parecía un inmenso circo de dobleces, forjado en convencionalismos, protegido por la muralla de la hipocresía. La única forma de escapar, de buscar otra verdad, era actuando de manera contraria a cómo lo estipulaba la moral. Durante meses, después de mis ordalías, volvía de madrugada a mi desván para encerrarme a escribir, hasta que el sol despuntaba, para dormirme vestido y despertar por la noche para salir y declamar mis versos ante auditorios sumergidos en el humo del tabaco y en los vapores del ajeno:

***Dans le couché du soleil se réveil le futur,
un monde des sombres où les spectres se rigolent,
et dans l'embrasse d'une nuit je cherche la folié
pour m'avoir dans ses cheveux putrefacte,
que tourne vers le Riens****



* Curiosamente lo recuerdo en francés. La traducción debe ser así: *En el ocaso despierta el futuro, / un mundo de sombras donde los espectros ríen, / y en el abrazo de la noche busco a la locura / para envolverme en su cabellera putrefacta, / que rodea el camino hacia la Nada.*

París, como toda ciudad cosmopolita, tenía una gran población de adultos y jóvenes demacrados, adictos al ajenjo o a sustancias más fuertes. Yo, como parte de una familia acomodada, habría podido obtener los servicios de una *madame*. Pero conocí a las mujeres melancólicas que pululaban tan pronto caía la noche.

Probé toda clase de excesos y de penitencias. Eso me llevó a la conclusión clara de que había adquirido el derecho, el deber, de experimentar con otros.

En esos momentos me transformaba. Lo percibía en mi mirada, fija, exaltada. La primera vez até a una parisina famosa por su belleza. Su hastío se borró cuando fui a una repisa y me vio regresar con un látigo adquirido en Montparnasse.

Ella pasó de la ira al miedo, y de él, a la desesperación y al terror, en los primeros dos minutos. Se desmayó varias veces, pero se recuperó con algunos baldazos de agua fría.

A las dos horas, casi enloquecida de dolor, tan bañada en sudor como yo, la gasa de la boca se le aflojó. De inicio no pudo articular palabra, sino que emitió una serie de sílabas atropelladas, hasta que consiguió jadear:

— ¿... por qué... haces esto...?

Me incliné para estudiar sus ojos. Los segundos de esa noche eran vívidos, esenciales e infinitos. Le até de nuevo la mordaza, ante su horror.

— Quizá tú puedas responder a esa pregunta —dije— ¿Qué opinarán en tu casa, cuando sepan que por las noches visitas los bajos fondos? Tú, una señorita de buena posición, que convive con artistas sifilíticos, consumidora de morfina. Jugaste a la ruleta rusa y descubres que tu turno era un disparo cargado. ¿Suponías que no podías perder? ¿Sólo porque eras *tú*? ¿Quién suponías que eres? ¿*Quién te has creído*?

La ira me estimuló hasta que la actividad me fatigó. La llevé al lecho, desmayada, donde la hice adoptar diferentes posturas, para dibujarla: Con máscaras en el rostro, máscaras en las manos, rodeada de crisantemos. La retraté nueve veces al carboncillo.



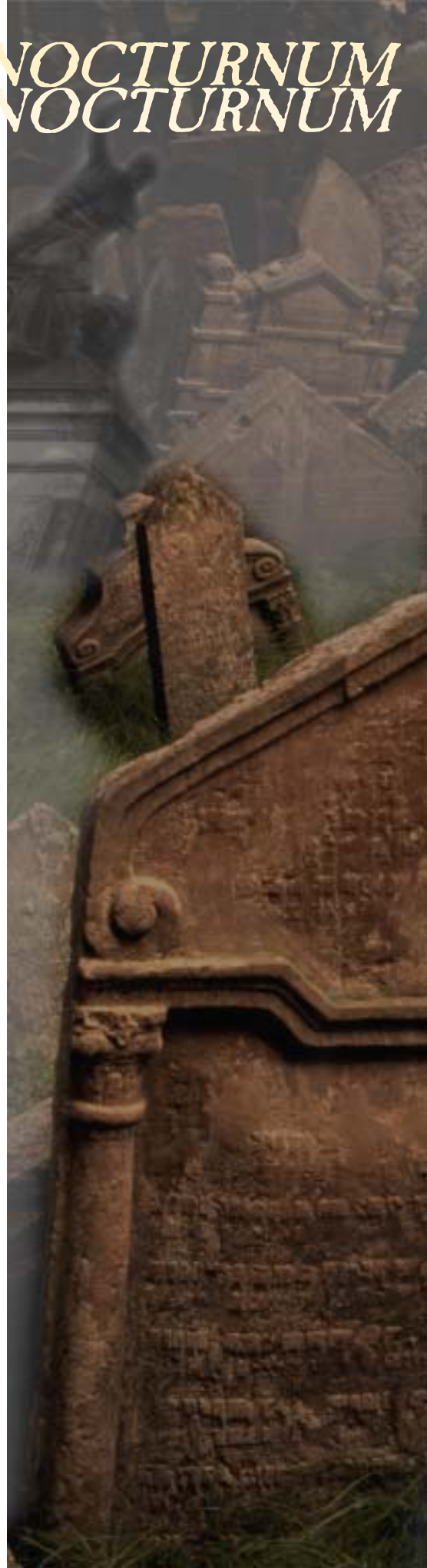
Por algunos contactos, hice negocios mediante el contrabando de mercancías vía Tánger. Me independicé. No respondí a ninguna carta de mis hermanas, ni a las peticiones de mis hermanos cuando abandonaron su soberbia ante su bancarrota por la Revolución. Excepto a María, a quien entregué una buena cantidad, nunca volví a ver a nadie.

Del joven inexperto de principios del siglo XX, para su primer cuarto me había convertido en un adulto perfeccionista. Durante la Gran Guerra permanecí en París. En 1922 tuve una residencia en *Champs Eliséés*. Convertí la planta alta en un salón. En todos sus muros, además del techo, coloqué amplios espejos y candelabros potentes. La alfombré de rojo. Sellé las ventanas con anchas cortinas de terciopelo escarlata. En su centro, levanté un elaborado dispositivo de cabestrante, una grúa provista de cuerdas, cilindros, tuercas y sujeciones. Al cabo de beber unas copas de ajenjo mezcladas con láudano, ataba a mis víctimas por las muñecas y las elevaba tirando de una polea, de modo que sus brazos quedaban —por decir algo— a su espalda, y sus pies, calzados con botines, apenas rozando el suelo. Ignorando sus lamentos, les colocaba aretes, pulseras finas, collares de perlas, pelucas, para estudiar el efecto sobre su belleza mientras las mantenía en diversas posiciones, ya fueran verticales, horizontales, invertidas o complejas. Las retrataba, estudiando sus rostros. Deseaba encontrar la señal, una vez caída la careta del autocontrol, que me mostrara sus almas. Amordacé y até al dispositivo a innumerables personas para someterlas a la mecánica del dolor. De un armario de cedro barnizado, adornado con tallas bucólicas, extraía correas y ceñidores, clasificados de acuerdo con el tipo de ataduras que necesitaba ejecutar. De una mesa tomaba los instrumentos —muchos de ellos, diseñados por mí— necesarios para la decantación de las sensaciones. El chasquido de los azotes, las marcas en los cuerpos, sus estremecimientos, los alaridos sofocados por la mordaza me llevaban a un éxtasis lúcido que clarificaba mi imaginación para innovar la crueldad, cuyo efecto valoraba en los grandes espejos que multiplicaban el suplicio. Era un martirio frío, cristalino, preciso, coreado por mis reflejos y los de mis víctimas, unidos en un ballet cronométrico, en una rueda cuyo eje era el salón y sus radios, los cuerpos proyectados al infinito. Era un Infierno matemático, gradual. No recuerdo el nombre de nadie, apenas algún rasgo que me llamara la atención. Attendía las etapas de desintegración de la belleza entre mis cuadros delirantes esparcidos y las hojas con mis poemas manchados de sangre. En el mundo, la Virtud era la debilidad y el Mal, el poder. Yo contribuía a la marcha del cosmos.

El sábado 14 de octubre de 1922 embalé mis pertenencias para regresar a México.



(Joaquín, con precaución, asomaba a las habitaciones vacías. La sangre le bajó a los pies al entrar a la última, donde encontró antigüedades, muchas de las cuales le fueron incomprensibles. Una parecía una especie de grúa. Cuando descubrió sobre la plancha a la chica atada, el terror le atenazó la garganta. Era una joven con las muñecas cercenadas, con recipientes bajo ella, goteantes de un líquido maloliente. Elsa. Sacando fuerzas de flaqueza, maldiciendo el momento en que se dejó convencer de entrar a esa casa, Joaquín corrió hacia la escalera)



— Al inicio —explicó mi creadora, a mí, su discípulo, en un balcón abierto a la calle oscura y desierta— eliges llevado por la necesidad de ocultarte, te mueves de manera instintiva. Buscas rincones apartados. Por supervivencia eres cauteloso. Cuando superas esa etapa, te vuelves selectivo.

Entre matorrales, las lápidas de un camposanto en dientes desordenados mostraban sus inscripciones corroídas. Encontré el mausoleo familiar de los URIBE, helado, con los nichos de mis padres y hermanos, sin visitas, sin recuerdos. En Madrid, la tumba de Carlota, mi amada, fallecida en 1912. ¿Quién sabe hoy que la Luna tomaba un bello reflejo de plata en la fuente de su casa? ¿Quién la ha visto bajar por la escalinata, de noche, a la luz de los candiles? ¿Quién sabe, hoy, lo hermosa que era su sonrisa al danzar en el jardín de hielo?

Y en esas noches, a veces la encuentro, en túnica negra, la capucha sobre el rostro, las manos abiertas, alzadas a los costados. Toda silencio, la mirada ardiente, la risa sesgada. Siete sombras, siete risas, siete abrazos, siete veces siete muertes para siete otoños y siete oscuras primaveras. De pie bajo la lluvia sólo ella conoce la Verdad. Por eso observa al final de los caminos, con mirada de fuego frío, la Virgen Negra, Virgen de Cenizas, Virgen de la Sangre, la Señora de los Vampiros.

30304

El viernes 30 de agosto de 1991 me encontraba en una calle cualquiera, cuando pasó una jovencita a pie. Sus ojos brillaban con la luz de la calle.

Llevaba uniforme azul. Y al ver su mirada asomé a las profundidades de su alma y me sorprendí. Aquella chica era exactamente como yo, cuando compartí el tiempo humano; casi un siglo transcurrido y en su límite encontraba un alma gemela. Al percibir su réplica de perfume, su acaramelado lápiz labial, en mi interior se removieron antiguos anhelos, ensueños bizarros, las noches recorridas en el delirio y el frenesí; un astro, mitad Luna, mitad eclipse, se confundió con las luces de la avenida. Me acerqué a ella cuando se detuvo a cruzar la acera. Ella comprendió todo al instante, y su expresión cambió. La tomé del mentón.

— ¿Vendrás conmigo? —susurré, observando sus labios.

— Sí —respondió. No hacía falta hablar más.

— Entonces una noche vendré por ti.

Era demasiado joven para ser convertida. Pero ahora volveré por ella. Daré final a estas memorias y me hundiré en la nada, en el olvido del tiempo ilimitado. Elsa recibirá la Oscura Caricia y será mía, sólo mía, y con ella compartiré la eternidad.



29 de abril de 2001, 23:00 PM

TEMBLANDO, LUISA CERRÓ EL LIBRO. ENTONCES OYÓ LOS RUIDOS ARRIBA ¡JOAQUÍN! CON MILES DE IDEAS EN LA CABEZA, COMO EMBRIAGADA, se dirigió a la puerta para esperarlo y escapar.

Los pasos, frenéticos, se detuvieron. Se volvieron más lentos y Luisa vio a Joaquín descender por la escalera, paso a paso. Debería ser la penumbra, pero se veía más delgado, más bajo, con el cabello más largo. Luisa se percató de que la extraña metamorfosis se debía a que en realidad descendía otra persona, de líneas suaves.

— Luisa —la llamó aquella forma, susurrante; era una mujer— *Luisa...*

Luisa dio un paso atrás, pero se detuvo, por una voluntad ajena o por la alarma. En la oscuridad distinguía, en el rostro de la recién llegada, dos puntos rojos como brasas. Ojos de gato. Ojos de hiena. Lo peor fue un hecho *normal*: Conocía la voz.

— ¿Eres...? —gimió, temblando— *¿Elsa?*

La figura se detuvo al pie de la escalera y extendió los brazos hacia Luisa.

— Ven, Luisa, amada mía, *ven aquí...*

— ¿Dónde... dónde estás?

— ... ven, *querida*, ven... Tenemos mucho de qué hablar —y Elsa dio un paso a la penumbra.

No era ella. O era ella. Hermosa.

— Elsa... Vámonos... Vámonos de aquí... —insistió Luisa— En tu casa... están preocupados...

Elsa rió, acariciante. ¿Por qué Elsa la llamó "amada mía"? Sintiendo la sangre abandonar su rostro, Luisa se sintió atraída por la nueva belleza de Elsa. Luchó contra el calor que vibró en su estómago, contra el deseo de acercarse a Elsa para besarla.

Algo rodó por los peldaños. Un cuerpo cayó en la alfombra: Joaquín, inanimado.

Otros pasos en la escalera. Una pausa, y bajó alguien más, un hombre vestido de negro, adusto, sombrío. Luisa entendió, no podía ser otro: El autor de las memorias.

Félix Uribe la observó con curiosidad... y al sonreírle algo brilló en las orillas de sus labios.

— Joaquín, Joaquín... —sollozó Luisa, pero no se atrevió a acercarsele.

— Lo detuve cuando se disponía a bajar —dijo Uribe.

— ¿Qué... le ocurrió?

— Oh. Eso —exclamó Félix, indiferente—. Él encontró arriba a una de mis invitadas. Se asustó mucho al ver mis instrumentos, pero hace mucho tiempo que no los utilizo.

— ¿Usted... es...?

— Soy. Se dicen muchas cosas de mí. Pero eso fue antes. Dicen: "Fue el abuelo, fue el padre" —sonrió—. No recuerdan que soy el mismo. Soy yo quien se va de esta casa y regresa cuando todos los vecinos han muerto.

De pronto, Luisa lo vio al lado del escritorio. Félix abrió un libro con ilustraciones de sus artistas predilectos: Felicién Rops, Gustave Moreau. Lo cerró con delicadeza. Luisa se había equivocado al venir, se había equivocado al no contarle a nadie, se había equivocado al no dejar una nota, se había equivocado en todo. Comprendió con horror que era demasiado tarde.

— No te tortures —dijo Félix—. Tu intención fue buena. Él —señaló a Joaquín— quería hacerse el comprensivo, tu amigo, para acostarse contigo. No hará eso, ni nada más.

— No, no...

— La vida eterna es una posibilidad —explicó Félix, tomándola por los hombros—. También es un peligro. No te juzgo. No traigo ni una recompensa, ni un castigo. Es un desafío. Un maná que puede transformarse en veneno. Veremos si puedes vivir eternamente en *la bondad*.

Elsa había tomado su decisión. Imposible apelar a ella.

— Deja que los demás crean que viven —sonrió la mujer vampiro—. Tú vivirás.

Félix tomó a Luisa por el rostro, con suave ternura, mirándola a la ojos. Luisa, antes de nacer a la Noche, antes de dormir y despertar, condenada a vivir sin límites, vio el afilado destello en los colmillos del que se acercaba a su cuello, y susurraba:

— Es sólo un momento de dolor, Luisa, amor mío, y después, la eternidad...